

DON MANUEL QUESON

Presidente de la comunidad de Filipinas

Por Roberto H. Tadd

Le conocimos durante sus primeros tiempos en Washington como uno de los Comisionados Residentes de las Islas Filipinas y luego en 1916 cuando se discutía el proyecto de Ley Jones, la primera ley orgánica de esas islas es algo parecida a la Ley Foraker que nos rigió por tantos años. Tenían los filipinos una Cámara de Representantes electa por el pueblo y una Comisión Ejecutiva compuesta por funcionarios nombrados por el Presidente de los Estados Unidos, casi todos americanos. Uno de los Comisionados Residentes era electo por la Cámara de Representantes y el otro por la Comisión. Este era un hombre rico, pro-americano, sin arraigo alguno entre las masas filipinas. El Comisionado electo por la Cámara era Manuel Quésón, abogado de profesión, independentista y que había peleado con las armas por esta causa, bajo el mando del General Aguinaldo, tanto contra las tropas españolas como contra las americanas durante los primeros días de la invasión.

Con este bagage patriótico había llegado el Comisionado Quésón a Washington y cualquiera hubiera creído que no encontraría buen ambiente, y fué todo lo contrario. En las esferas del gobierno, Quésón tenía más influencia que su compañero. El uno era jovial, campechano, amigo de agradar, mientras que el otro era seriote, con cara de pocos amigos. La Oficina de Asuntos Insulares del Departamento de la Guerra, dirigida entonces por el Coronel Edwards, quien tenía de ayudante al Coronel Mc Intyre, era visitado diariamente por Quésón para tramitar asuntos para su gente y siempre salía complacido. Más de una vez oímos comentar esto al Coronel Edwards: "No se qué diantres tiene este hombre" - decía + " que a pesar de sus ideales de independentista nos es tan simpático".

La influencia política de Quésón en las Filipinas era grande, decisiva. Bien pronto hizo comprender a su gente que con el miserable sueldo que ganaba un Comisionado, \$5,000, \$7,000 más tarde y últimamente \$10,000 anuales, poco podía hacerse fuera de vivir holgada y decentemente; y logró que por subscripción pusieran a su disposición anualmente \$100,000, con facultad de tener una

oficina con Secretarios y otros ayudantes, para emprender una campaña de prensa y de discursos por toda la Unión; y logró, además, que se imprimiese un folleto en idioma inglés, dando la opinión favorable sobre la independencia de Filipinas, empezando por los miembros de la Corte Suprema, que su mayoría narivos, Jueces de Distrito, Alcaldes, miembros de la Cámara de Representantes, comerciantes y en general todas las fuerzas vivas del país. Tuvimos la oportunidad de leer ese documento y nos dimos cuenta de que resultaba ser un argumento dormidable a favor de la independencia de las islas. Unase a eso la propaganda de discursos de Quésón y sus artículos en la Prensa y se comprenderá cómo pudo ganar terreno en la opinión la idea independentista. En los primeros años y mientras rigió los destinos de Estados Unidos el Partido Republicano, se abogaba en las esferas superiores por conservar a Filipinas como una posesión americana y recordamos cómo en un banquete que en Boston tuvo lugar con un gran número de invitados entre los que figuraban el entonces Secretario de la Guerra, Taft, al hablar sobre las Filipinas, expresó la opinión de que Estados Unidos/^{las}conservaría bajo su dominio. Cuando le tocó el turno de hablar a Manuel Quésón, hizo un caluroso discurso abogando por la independencia, y, según la prensa de esos días, atacó juramente el discurso de Taft.

Pero donde el Comisionado Quésón hizo labor efectiva a favor de su pueblo, fué en la Cámara de Representantes de Washington, donde, al igual que nuestro Comisionado, los dos de Filipinas tienen el derecho de hablar, aunque no tienen voto. Quésón, lejos de dominar bien el idioma inglés, en los primeros tiempos había que hacer verdaderos esfuerzos para entenderle; pero la Cámara siempre lo oía con atención.

En esos primeros tiempos se había establecido la costumbre que llegó a ser un verdadero abuso, el número de congresistas que aprovechaban todas las oportunidades que se le presentaban para hacer viajes a Filipinas en los vapores transportes del gobierno, se quedaban unos cuantos días en las Islas y luego al volver a Washington, tomaban la palabra, bien en la Cámara o en el Senado, expresando su puntos de vista sobre la situación en Filipinas, generalmente contrarios a

concederle la independencia. Aquellos viajes habían llegado a ser un verdadero racket y esto tenía soliviantado el ánimo de Quésón y solicitó del Presidente de la Cámara que le permitiese consumir no menos de media hora para contestar todos los discursos de los que habían ido a Filipinas y luego habían dado sus puntos de vista. El Presidente, con permiso de la Cámara, autorizó a Quésón a hablar. Este discurso, que se publicó en el diario de la Cámara (Congressional Record) lo tenemos entre nuestros papeles, pero no lo hemos buscado porque recordamos sus puntos principales y creemos haberlo publicado en alguna otra ocasión. Lo que sí podemos afirmar es que, cuando Quésón terminó de hablar, habiendo la Cámara extendido su permiso para seguir hablando, pues había consumido más de la media hora concedídale, la Cámara le tributó una gran ovación, tal había sido la impresión que les había causado la interesante historia del fraile hecha por Quésón.

Decía así el discurso de don Manuel Quésón.

"Sr. Presidente y señores miembros de la Cámara de Representantes:

Me habéis concedido el honor de dirigirme a vosotros y esto lo agradezco en nombre de mi país. Me dispensáis un gran servicio, pues aparte del tiempo que os coja, tendréis que hacer un gran esfuerzo para entender mi pobre palabra en un idioma, que aunque muy bello, no es el mío vernáculo y con el cual no estoy muy familiarizado.

La historia que os voy a referir os va a parecer fantástica, novelesca; pero os aseguro, a fe de hombre de honor, y por el respeto que merece esta Cámara, que es absolutamente cierta y que forma parte de la historia del pueblo filipino. Me ha parecido muy oportuna traeros este episodio histórico de Filipinas como elocuente contestación a los innumerables viajeros de una semana, de quince días, de un mes, o de varios meses, que luego, cuando vuelven a ocupar sus cómodos asientos en esta Cámara, en la del Senado o simplemente como ciudadanos que ocupan espacio en la prensa diaria del país, dan a conocer sus experiencias, sus estudios y sus conclusiones, invariablemente diciendo: "las Filipinas

no están preparadas para gobernarse por si mismas; no tienen un idioma común; no tienen una religión común, etcétera, y debemos por lo tanto conservarlas bajo la bandera americana*. Y luego se quedan tan tranquilos, como si hubieran cumplido con su deber de conciencia. Os suplico que me escuchéis pacientemente, por lo menos con la misma paciencia que habéis escuchado a los Representantes que, a vuelta de sus viajes, han hablado de Filipinas.

Es de conocimiento general que durante toda la época española en las Filipinas, los que verdaderamente gobernaban y mandaban eran las comunidades religiosas encabezadas por los frailes. Los tuvimos buenos, los tuvimos malos, honrados e inescrupulosos; pero estos frailes buenos, malos, honrados e inescrupulosos, no se preocupaban por el bienestar o el futuro de las Filipinas; trabajaban pensando solamente en el bienestar de la amada España y sus órdenes religiosas.

En los primeros años del siglo XIX, llegó a un convento de Manila un nuevo fraile, que traía un gran prestigio como hombre de ciencias y sobre todo como historiógrafo y filósofo. No tenía más de treinta años. Conocía varios idiomas y se propuso en seguida a aprender el idioma tagalo, el que mayormente se hablaba y se habla hoy en Manila. Valiéndose de la autoridad que le daba la orden recibida por el Director del Convento de dejarle salir a viajar por el Territorio en cumplimiento de una misión especial que traía de la Congregación de España, el nuevo fraile salía, se mezclaba con la gente del pueblo, iba al mercado, preguntaba el nombre de las frutas del país, se sentaba en las plazas públicas y se estaba horas y horas tratando de hablar y de comunicarse con la gente humilde y de ganarse su buena voluntad y confianza y, como tenía empeño en aprender, pronto pudo entender al pueblo y éste podía entenderlo a él. Pronto empezó a salir fuera de Manila y, según decía, era su intención visitar todas las islas que formaban el archipiélago filipino. Cosa muy difícil, pues hay quien asegura que pasan de mil.

Cuando volvía de uno de esos viajes, que a veces duraba muchos meses, traía siempre algo nuevo; si no era el conocimiento adquirido de un nuevo dialecto, era alguna reliquia nativa con documentos raros de signos y geroglíficos incomprensibles.